

# La Ciudad y la Memoria:

Entre la Representación,  
la Educación y la Ciudadanía

*Juan Carlos Amador Baquiro*

Licenciado en Ciencias Sociales Universidad Distrital  
Magíster en Educación Universidad Externado de Colombia  
Docente de Medio Tiempo Fundación Universitaria los Libertadores  
[jcamadorb@libertadores.edu.co](mailto:jcamadorb@libertadores.edu.co)

*“Hay un cuadro de Klee llamado Angelus Novus. Representa un ángel que parece estar alejado de algo que mira fijamente. Sus ojos están muy abiertos, la boca abierta y las alas extendidas. Es sin duda, el aspecto del ángel de la historia. Vuelve el rostro hacia el pasado. Donde vemos frente a nosotros una cadena de acontecimientos, él observa una catástrofe perenne que amontona sin cesar ruinas sobre ruinas y las va arrojando a sus pies. De seguro le gustaría quedarse ahí, despertar a los muertos y volver a unir lo que fue destrozado. Sin embargo, una tempestad sale del paraíso que le levante las alas y es tan fuerte que el ángel no puede cerrarlas. La tempestad lo arrastra al futuro irremediamente, al que le ha dado la espalda, mientras que el montón de ruinas frente a sí va creciendo hasta llegar al cielo. La tempestad es lo que llamamos progreso”.*

*(Benjamin 1980, 697-698)*

El relato expresado por Walter Benjamín, retomado por Viviescas (2005) y De Sousa Santos (2003) acerca de la metáfora que emerge del Angelus Novus, es sin lugar a dudas, una de las reflexiones más profundas que se ha realizado acerca del carácter de la historia y su relación con la sociedad y el sujeto. Lo que magistralmente señala Benjamin es la angustia e impotencia del ángel ante la imposición del futuro, el cual se presenta sin dar lugar a la extrañeza o a la reflexión por el pasado. A pesar de los esfuerzos realizados por el ángel para volver a ese pasado triste y doloroso, finalmente, se entrega ávido a la nueva época, no obstante, ha sido capaz de reconocer su pasado, no tanto, para apropiarse de la agudeza de los “hechos verdaderos”, sino para hacer memoria y desde ahí, configurar su presente y su futuro.

La metáfora del Angelus Novus es un lugar de enunciación propicio para comprender la ciudad como escenario generador de una multiplicidad de fenómenos sociales y culturales en los que han predominado las miradas de urbanistas, tecnócratas y político – burócratas, sin desconocer que recientemente han aparecido preocupaciones intelectuales pensadas desde perspectivas antropológicas, sociológicas y pedagógicas acerca de todos los aspectos que suscitan el concepto de lo urbano. A pesar de los crecientes estudios en este campo, se hace sumamente importante incorporar a estos análisis la pregunta por la memoria y la historia, en tanto, el sujeto se ha preocupado por vivir el presente y soñar con un futuro aún esquivo, situado tal vez, en el engaño de unos localismos hegemónicos que hoy se definen como la globalización económica y cultural, en donde la ciudad ocupa un lugar esencial debido a su carácter contextual, simbólico y educador.

El presente artículo pretende hacer un abordaje sobre la ciudad como fenómeno social y cultural basado en tres perspectivas fundamentales. En primer lugar, se realizará una aproximación al análisis de la ciudad como representación, es decir, como un lugar que proporciona formas particulares de interpretar la realidad y de expresar las singularidades y subjetividades que producen los sujetos y los grupos sociales como identidades situadas en un

mundo marcado por la tensión entre lo único y lo diverso. En segundo lugar, se proporcionará algunos elementos para reflexionar sobre las múltiples relaciones entre la ciudad y la educación, en tanto ésta se ha constituido progresivamente en un lugar de formación y socialización capaz de favorecer la reflexión y la crítica de un mundo social atravesado por conflictos, tensiones y asimetrías. Finalmente, se abordará la ciudad como entidad configuradora de ciudadanías, entendidas como la producción de diversas formas de vinculación entre el sujeto, el Estado y la sociedad civil, en donde la búsqueda de condiciones para el reconocimiento de los derechos del sujeto en un marco cultural, político - jurídico, social y económico genera proyectos singulares, movimientos sociales y/o expresiones identitarias que instalan nuevos debates antropológicos, políticos y sociológicos. No obstante, en medio de la diáspora de opciones para pensar la ciudad, es irremediablemente necesario acudir a la fuerza de la memoria, en tanto el ser humano se reafirma como parte de un grupo social (en este caso la ciudad) conociendo sus orígenes y dando lugar a la rememoración como medio para perpetuar la capacidad creadora del sujeto en equilibrio con la conciencia de sus raíces.

## LA CIUDAD Y LA MEMORIA

La construcción de la memoria es un proceso producido por el sujeto y las múltiples relaciones que establece con su grupo social en el que aparecen fundamentalmente dos componentes; en primer lugar, el recuerdo, entendido como la reelaboración y resignificación de las experiencias, las interacciones y en últimas, los sucesos que incorporan intenciones, afectos o añoranzas en la implementación de las prácticas y los discursos que acompañan lo “ocurrido”; en segunda instancia, las representaciones sociales, comprendidas como procesos psico-sociológicos que le permiten al sujeto la construcción de la realidad a partir de la confrontación entre los sistemas nuevos con los preelaborados que se encuentran en su mente, de tal manera, que le permite configurar una nueva interpretación del mundo.

Estos dos elementos, recuerdo y representación, son indisolublemente complementarios y dependen en buena medida de las formas de atribución e incorporación del hecho social, puesto que la voz individual, una vez se ve conectada a la voz del grupo social, reconstruye la acción desde otros lugares y condiciones. En este sentido, los testimonios de otros contribuyen a reconstruir el recuerdo del sujeto como parte de una colectividad que se sitúa en un tiempo y espacio, lo cual le proporciona progresivamente ciertos niveles de experiencia, social y culturalmente configurada, contribuyendo así a la afirmación de su identidad y singularidad.

Cuando el sujeto se ve ubicado en direcciones múltiples logra la rememoración a partir de las relaciones que establece al interior de su grupo social y entre ese grupo con otros, afirmando su memoria individual; por su parte, la memoria colectiva (Halbwachs, 1963; Betancourt, 1997) es aquella que reconstruye el pasado y cuyos recuerdos se orientan a la experiencia de un grupo o comunidad que los transmite a un sujeto o grupo de individuos; mientras que la memoria histórica

“supone la reconstrucción de los datos proporcionados por el presente de la vida social y proyectada sobre el pasado reinventado”.<sup>2</sup>

La ciudad es un escenario de encuentro y a la vez de desarraigo en el que convergen las ilusiones de los campesinos que tuvieron que dejar su tierra, los pensamientos pragmáticos de los que aspiran a lograr un estatus socio-económico particular, los que han asumido la ley del menor esfuerzo como una opción para justificar el daño a sus congéneres y los que aprovechando una cultura política caracterizada por la indiferencia y la desesperanza, perpetúan el nepotismo y el populismo a través del andamiaje del Estado. En medio de este periplo de prácticas, discursos y representaciones, es necesario promover la recuperación y/o la reconstrucción de la memoria, pues el conjunto de

las experiencias vividas y la proyección de las ilusiones es lo que potencia la rememoración, de tal suerte que el proceso permita que las nuevas generaciones conozcan lo ocurrido y cuenten con los criterios suficientes para decidir en y por su ciudad, y evitar que el miedo y la desesperanza condicionen sus modos de pensar y de proceder.

## LA CIUDAD COMO REPRESENTACIÓN

Durante mucho tiempo la ciudad ha sido concebida como territorio y desde ahí se ha venido generando un conjunto de ideas y acciones en los que la estetización de los lugares, la recuperación del espacio público y la generación de unos dispositivos de regulación y control para garantizar el comportamiento de los ciudadanos, se han constituido en los indicadores del desarrollo y el progreso. Adicionalmente, las políticas públicas en el caso particular de Bogotá, han girado en torno a la ampliación de escenarios para el peatón, la formulación de un sistema de transporte masivo eficaz y la formulación de planes y programas de ordenamiento territorial que permiten la recuperación de predios del estado y la reorganización urbana; estas iniciativas han sido insuficientes para generar niveles de responsabilidad y corresponsabilidad frente a la ciudad y las interpretaciones de la realidad que construyen sus habitantes, lo que pone de manifiesto la urgencia de un proyecto de ciudadanía promovido desde el Estado, la sociedad civil y/o los movimientos emergentes que tenga en cuenta el carácter representacional e imaginario de la sociedad.

La concepción del territorio desde sus inicios está profundamente ligada a la tradición y la familia en la medida, que por ejemplo en los griegos, el hombre no podía cambiar de lugar sin llevar la tierra sagrada de su lugar de origen, pues la fundación de una ciudad estaba acompañada de un conjunto de rituales en donde se evocaba a los antepasados para garantizar el funcionamiento de la ciudad y de las relaciones que subyacen de su existencia. Al respecto Coulanges expresa:

<sup>2</sup> Betancourt D. Memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica. En la práctica investigativa en ciencias sociales, UPN, Bogotá, p.126.

“En el asilo están los aventureros sin fuego ni hogar; sobre el palatino están los hombres venidos del alba, esto es, los hombres ya organizados en sociedad, distribuidos en gentes y en curias, que tienen cultos domésticos y leyes. El asilo no es más que una especie de aldea o arrabal donde las cabañas se alzan al azar y sin reglas; sobre el palatino se eleva una ciudad religiosa y santa”.<sup>3</sup>

De esta manera, el territorio de la ciudad empieza a trascender el carácter físico con el que se ha considerado por mucho tiempo y se constituye en un espacio en el que se cohabita con el pasado (la memoria) y se proyecta el futuro en un juego entre lo precedido y lo conquistado, haciendo de lo físico una extensión mental que dispone a la sociedad a nuevas formas de transitar por lo territorial, lo social y lo cultural, acompañadas de la percepción, la intuición y la sospecha de lo que ocurre y de lo que ocurrirá, produciendo una redefinición de todo tipo de relaciones (Viviescas, 2003) y promoviendo formas particulares de comprender la realidad a través de la producción de representaciones e imaginarios sociales.

Como se señaló anteriormente, la representación es la construcción mental que realiza el sujeto acerca de la realidad a través de la confrontación entre las ideas, percepciones y creencias previas con todo aquello nuevo que aparece y que proviene de figuras de autoridad, pares (otros sujetos iguales), escuela, medios de comunicación, entre otros.

“El conflicto entre los elementos representacionales nuevos con los preestablecidos configura una nueva interpretación de la realidad a partir, no sólo de los procesos psicológicos, sino también, de las creencias, normas y regulaciones de quien las elabora; la producción de sentido está dada por la forma en como los sujetos en particular, interpretan los discursos y prácticas de quienes conforman su mundo social, como también, de lo que efectivamente para ellos adquiere relevancia”.<sup>4</sup>

De este modo, el sujeto entra en la vida social a partir de un proceso de negociación de significados que se enriquece a través de las prácticas interpretativas comunitarias, las formas de interacción social y cultural y los mecanismos que contribuyen a la construcción de la identidad.

El imaginario es un término que hace referencia a la producción colectiva de significaciones como resultado de cánones culturales, experiencias sociales, costumbres y tradiciones. Desde la filosofía y el psicoanálisis el término ha sido principalmente abordado por Castoriadis quien propone relaciones en donde surgen imágenes asociadas con sentimientos, emociones y evocaciones como aproximación a una nueva teoría (magma) que posibilite la constitución y reconstitución de la sociedad a través de dos procesos denominados lo instituido y lo instituyente.<sup>5</sup> Para Castoriadis los grandes y los pequeños cambios sociales siempre han presupuesto un cambio en la forma de ver e imaginar. Incorporando los conceptos de representación social e imaginarios a la ciudad, juiciosamente Armando Silva ha planteado que “las percepciones de la gente proyectadas en una ciudad son imaginarias por varios motivos: porque cada individuo es hijo de cualidades de su cultura, porque cada persona vive lo que entiende como su realidad, y también por una tercera opción, no menos importante: porque aquello que cada cual imagina es la visión con la que piensa el futuro”.<sup>6</sup>

De este momento, se puede señalar que la ciudad genera representaciones e imaginarios alrededor del habitat, la vivienda y el territorio, lo que determina progresivamente la producción de lenguajes, evocaciones y sueños, haciendo de la práctica social un acontecimiento cultural vinculado a las marcas simbólicas y las representaciones e imaginarios sociales de los individuos y los grupos sociales; en palabras de Jesús Martín Barbero, supone la comprensión de las múltiples relaciones entre el tejido social y cultural de la ciudad con los procesos de aceleración de la vida urbana, ya que estos vínculos constituyen formas de interpretación de la realidad desde la heterogeneidad, la fragmentación y las identidades. Estos procesos hacen que circulen discursos, percepciones y prácticas sociales que determinan marcas

<sup>3</sup> Coulanges F. La Ciudad Antigua. Ed. Panamericana, Bogotá, 1996, p. 153.

<sup>4</sup> Amador B. J. La Ciudadanía como núcleo articulador de las ciencias sociales. Universidad Distrital, Bogotá, 2007.

<sup>5</sup> Ver Castoriadis C. La institución imaginaria de la sociedad. Fondo de Cultura Económica, México, 2000.

<sup>6</sup> Silva A. Bogotá Imaginada. CAB, Taurus y U.Nacional. Bogotá, 2003, pag. 39.

y/o caracterizaciones propias de las relaciones entre las personas y entre éstas con su medio artificial y natural.

Desde esta perspectiva, la ciudad logra autodefinirse a partir de sus ciudadanos, vecinos y visitantes, en tanto sus formas de apropiación dependen, en buena parte, de los mecanismos utilizados por los sujetos para proyectarla como algo propio. De este modo, se producen fenómenos de territorialización, desterritorialización, inclusión, exclusión, entre otros, los cuales determinan representaciones asociadas a geometrías, construcciones de espacio, mundo cromático, sonidos, olores, haciendo de la ciudad un lugar de cita, encuentro, desarraigo o frontera.

Particularmente, Silva ha encontrado que los que habitan Bogotá aún tienen presente personajes (llamados por Silva como las fantasmagorías de la ciudad) tales como: Gonzalo Jiménez de Quesada, Jorge Eliécer Gaitán y algunos presidentes de la República; que dentro de los sucesos históricos más importantes hacen referencia al 9 de abril de 1948 (El Bogotazo), la fundación de Bogotá y la toma del palacio de justicia por el M-19; que dentro de los sitios más emblemáticos sobresalen Monserrate y la Plaza de Bolívar; que para las personas mayores de 50 años la

ciudad es de color gris, mientras que para los más jóvenes es de colores verde y amarillo; que el carácter de los bogotanos transita entre la agresividad, la serenidad, la melancolía y la alegría; y que las calles que contienen algo de femenino son la carrera 15, la carrera 7ª y la avenida 19, mientras que las masculinas se asocian en orden de importancia con la carrera 7ª, la avenida 19 y la carrera 10.<sup>7</sup>

Estas representaciones e imaginarios confirman que los sujetos y los grupos encuentran formas singulares de significación en torno a la realidad de sus territorios, personajes, hechos históricos y emblemas del lugar que habitan, lo que produce formas de actuación originales y prototípicas que le dan nuevos matices a la ciudad y a los que la hacen suya.

Se trata entonces, de valorar estas expresiones y formas de vivir el fenómeno urbano, en donde día a día se mezcla la tradición campesina con los ritmos acelerados de la urbe, se entrecruzan las etnias y se visibilizan las nuevas identidades (étnicas, minorías sexuales, de género, ambientalistas, consumidores, juveniles, entre otras).

---

<sup>7</sup> Los hallazgos de esta investigación se pueden encontrar en: Silva A. *Imaginarios Urbanos*, Tercer Mundo, Bogotá, 1992.

## CIUDAD Y EDUCACIÓN: HACIA UNA CIUDAD EDUCADORA

La ciudad educadora como concepto y como proyecto pedagógico es un debate que ha circulado por varias décadas, sobretudo, a partir de experiencias tales como, la promulgación de la carta de Barcelona, los trabajos clásicos de Tonucci sobre la relación entre la ciudad y los niños, y la difusión de procesos provenientes de la Asociación Internacional de Ciudades Educadoras; los planteamientos más recientes en la articulación **educación – ciudad – pedagogía**, proponen como horizonte a las pedagogías activas y críticas, en tanto éstas, logran definir los alcances y compromisos de la Escuela con un proyecto social que instituye otras formas de ciudadanía, y en últimas, mediaciones para la formación de sujetos sociales. De este modo, esta relación escuela-pedagogía- ciudad- ciudadanía, exige un análisis en torno a los debates contemporáneos sobre los modelos pedagógicos, la ciudad como escenario de formación y socialización, los cambios en la cartografía del conocimiento social y los retos que se le colocan a la ciudadanía como una nueva forma de agenciar la política, lo cual evidencia de manera particular, las imbricaciones y lazos entre la cultura y la política.<sup>8</sup>

De esta manera, es importante tener en cuenta que la construcción, reconstrucción y deconstrucción del conocimiento en el actual momento de globalización no son posibles únicamente a través de los procedimientos convencionales de la instrucción, las asignaturas y el texto escrito. Esto significa que la escuela debe permitir que las prácticas pedagógicas estén conectadas a los lugares en donde se generan las situaciones y los fenómenos principales. Este planteamiento generaría nuevas preguntas tales como: ¿Qué es lo más pertinente enseñar hoy? ¿Dónde está el conocimiento? ¿Dónde se produce? ¿Cómo se produce? ¿Cómo circula? ¿Qué es posible poner a disposición hoy? (Álvarez, 2005).

La ciudad como escenario educativo puede analizarse, por lo menos, desde tres perspectivas (Trilla B.J, 1998): la ciudad como contenedor educativo (aprender en la ciudad), la ciudad como fuente o agente educativo (aprender

de la ciudad) y la ciudad como objetivo – contenido (aprender la ciudad). En primer lugar, Trilla destaca el escenario de la ciudad como generador de ofertas educativas formales y no formales que propicia formas diversas de acercamiento al conocimiento, las cuales instalan progresivamente ambientes favorecedores para la reflexión sobre lo local y lo global, la cultura, la política, el medio ambiente, la ciencia y la tecnología, por señalar tan sólo algunos ejemplos. En este sentido, es importante destacar que la formulación de políticas educativas que se irradian en el medio urbano no puede seguir abordando la ciudad como un conglomerado de instituciones, planes sectoriales y programas desconectados entre sí; se hace necesario constituir un ambiente urbano educativo formal y no formal que sea complementario, interdependiente y descentralizado, de tal suerte, que logre establecer propuestas tanto en el escenario distrital, como en el escenario del barrio; que se incorporen, tanto en el norte, como en el centro y la periferia de la ciudad; y que adicionalmente, logre llegar a todos aquellos que por algún motivo han sido excluidos e invisibilizados.

En segundo lugar, la ciudad se constituye en una fuente que permite conocer orígenes, tradiciones, valores, problemas y proyecciones de la vida individual y colectiva de sus habitantes; es una forma de conocer el mundo a través de la experiencia que proporcionan los diferentes escenarios de la ciudad; al respecto Trilla sostiene que ciertos lugares con marcos institucionales son generadores de la formación y socialización del sujeto, que en principio podrían estar asociados al museo, la biblioteca, la cinemateca, la sala de exposiciones, entre otros, pero que es más importante aún, considerar otras mediaciones que contienen un creciente nivel de significación, tales como la calle, el barrio, la plaza de mercado, las aceras, el afiche callejero, entre otros. “Así pues la ciudad es un educador informal riquísimo, pero también a la vez, ambivalente. La educación informal no es selectiva y, en la ciudad, desde un punto de vista educativo, puede haber de todo (de lo bueno y lo malo). Se puede aprender espontáneamente cultura, civilidad y buen gusto, pero también puede ser generadora de agresividad, marginación, insensibilidad, consumismo desmesurado, indiferencia, etc.”<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Varias de estas reflexiones fueron realizadas recientemente en la Cátedra de Pedagogía realizada por la Secretaría de Educación del Distrito y el IDEP durante el año 2005.

<sup>9</sup> Trilla J. La Educación y la Ciudad. Educación y Ciudad: La Ciudad y la Escuela. IDEP, Bogotá, 1998 p. 15

Finalmente, ha de considerarse la ciudad como contenido educativo que en palabras de Trilla hace alusión al “aprender la ciudad”. Esta categoría está referida a la importancia que trae para una sociedad decodificar sus tradiciones, rituales, actividades y en general, experiencias de la vida cotidiana. Parece que informalmente, el sujeto aprende a desenvolverse en la ciudad -desplazarse, ubicarse espacialmente, tomar el transporte, actuar de acuerdo con los códigos de ciertos lugares- pero difícilmente comprende su génesis, prospectiva y problemáticas. Al respecto Trilla expresa que en la ciudad coexisten y se jerarquizan ambientes y rutas de acceso a la cultura bastante diversas, pero también excluyentes y selectivas. De este modo sostiene:

“Esto es así porque, en realidad, una ciudad está compuesta de muchas ciudades objetiva y subjetivamente diferenciadas: la ciudad de los jóvenes con posibilidades económicas y la de los jóvenes que tienen menos; la de la beautiful people y la de la gente corriente; la ciudad del ama de casa y la del agente de seguros, la del noctámbulo y la del que madruga, la ciudad de la marginación y la ciudad de las postales; la que enseña al alcalde y la que patea el guardia municipal; la del turista y la del parado”.<sup>10</sup>

De esta manera, la compleja relación Ciudad - Educación es un proceso que sin lugar a dudas, exige una nueva mirada, tanto a la ciudad, como a los procesos educativos, entendidos estos últimos, por lo menos, desde dos condiciones, en la formulación de políticas públicas y en la transformación de las prácticas pedagógicas. Se trata de combinar una nueva concepción de construcción de conocimiento centrado en la experiencia y la cultura (en este caso urbana) con una voluntad política que se materialice en la formulación de políticas públicas, que unidas, contribuyan a recobrar la confianza en la calle y a fortalecer los lazos entre los sujetos que la transitan y la hacen suya para que entre las instituciones que trabajan por la educación y todos aquellos que constituyen la sociedad civil le den un nuevo vínculo a la ciudad y el sujeto, en especial al sujeto niño. En palabras de Tonucci sería “una ciudad donde los niños están por las calle es una ciudad segura, no sólo para ellos, sino también para los ancianos, los disminuidos y para todos los ciudadanos. Su presencia representa un estado de aliento para que los otros niños bajen y un freno para los autos y para los otros peligros externos. La calle desierta es, en cambio, peligrosa para el niño que la atraviesa, porque el automovilista no se lo espera, no lo prevé; es peligrosa para todos porque invita al crimen y lo vuelve inevitable.”<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Ibid, p. 17

<sup>11</sup> Tonucci F. La Ciudad de los Niños. Un modo nuevo de pensar la ciudad. UNICEF, Lozada, Buenos Aires, 3ª edición 1996, p.79

## LA CIUDAD Y LA CIUDADANÍA

Con los cambios evidentes que trajo consigo la globalización cultural y económica desde la década de los ochenta se ha redefinido la situación del sujeto, el estado y la sociedad a través de una nueva interpretación de una serie de problemas heredados desde la inusitada aparición de la modernidad. Para varios expertos estos problemas pueden situarse en los actuales debates sobre la democracia, los derechos humanos, la diversidad, la cultura (culturas), el conocimiento, la información y la ciudadanía (ciudadanías), los cuales siguen siendo motivo de diversos proyectos (desde la sociedad civil) y/o políticas y programas (desde el estado) y que se encuentran en el epicentro de la ciudad.

A partir de las políticas y programas de ajuste fiscal y social inspirados en el neoliberalismo, se han redimensionado las relaciones entre la sociedad civil y el estado, surgiendo una concepción “minimalista” de este último, lo que ha influido de manera determinante en la definición de lo político y la democracia. De esta manera, la sociedad civil ha asumido las responsabilidades del estado a través de la adopción de obligaciones vinculadas a la protección y seguridad social (cajas de compensación y entidades de bienestar social privadas) de los trabajadores y la relación cada vez más evidente con poblaciones vulnerables y excluidas (ONGs y entidades humanitarias), lo que ha determinado una marginalización progresiva de su condición como instancia política tradicional, además de ejercer la ciudadanía como un mecanismo que da respuesta a una dinámica de integración individual al mercado (García Canclini, 1999, Escobar, 2001).

Esta nueva condición ciudadana tiene varias posibilidades de análisis. En primer lugar, la sociedad denominada aldea global (Mac Luhan, 1990, Toffler, 1997) le da un lugar especial al conocimiento y la información en los procesos económicos, lo que deja por fuera el debate sobre la redistribución de la riqueza, ya que no se constituye en una prioridad para la vida pública. En segundo lugar, el fenómeno de los medios de comunicación de masas y su componente mediático (Hopenhayn, 2005), hacen que predomine la circulación de imágenes y se diluya el

despliegue político fundado en la palabra. En tercer lugar, ante la debilidad del estado - nación como referente territorial y político, se desarrolla una proliferación de identidades locales estimuladas por la circulación de imágenes y símbolos que terminan afirmándose como subjetividades y actores sociales emergentes en el escenario de la ciudad.

Con todos estos fenómenos que subyacen a la consideración de nuevas ciudadanías, la ciudad aparece como un contexto en el que tienen lugar estas subjetividades e identidades como expresiones legítimas y generadoras de nuevos proyectos que provienen de la significación y resignificación del mundo social y cultural; un ejemplo de esto es la producción de nuevos códigos de grupos étnicos que se establecen en el espacio urbano, campesinos que adaptan su lugar de vivienda en la ciudad a las condiciones que antes del desplazamiento tenían en su parcela, o grupos juveniles que haciendo las transferencias correspondientes de otros lugares de origen, diseñan estéticas y formas de actuación para apropiarse de la ciudad, implementar formas divergentes de participación o simplemente, para anular y excluir a los otros (rastafaris, hoppers, anarquistas, punkeros, neonazis, candies, entre otros).

<sup>12</sup> Al respecto Hopenhayn señala que el consumo material (de bienes y servicios) y el conocimiento simbólico (conocimientos, información, imágenes, entretenimiento) afirman el tránsito de la producción y la política al consumo y la comunicación, lo que indica que la política se inviste de cultura y la cultura se inviste de política. Hopenhayn M. *¿Integrarse o Subordinarse? Nuevos cruces entre política y cultura.* En Cultura, Política y Sociedad. CLACSO, Buenos Aires, 2005, p. 18-40



De este modo, la reafirmación de las identidades locales desregulariza las relaciones sociales, en tanto se producen formas de segmentación y fragmentación basadas en intereses particulares, lo que termina reflejándose en una diáspora de nuevos lenguajes, reglas, códigos y performatividades.

Para Hopenhayn (2005), este hecho refleja el paso de una sociedad basada en la producción y la política a una sociedad basada en el consumo y la comunicación.<sup>12</sup> “Estos planteamientos demostrarían que se están produciendo cambios fundamentales en el ejercicio de la ciudadanía, pues la titularidad de unos derechos y deberes respaldados por el estado han perdido la legitimidad que pudieron haber tenido con el nacimiento del estado moderno. Son entonces, los mecanismos de pertenencia a un grupo social, la capacidad de interlocución en el escenario de lo público y las posibilidades de democratización en el consumo simbólico, lo que determinaría otras formas de ciudadanía.”<sup>13</sup>

La ciudad como configuradora de estas ciudadanía culturales, las cuales forman parte de fenómenos sociales emergentes cargados de asimetrías y nuevos conflictos, permitiría considerar la existencia de una ciudadanía compleja<sup>14</sup>, en tanto son diversas y múltiples las variables que se entrelazan en el ejercicio actual de la ciudadanía: identidades situadas, múltiples ciudadanía, tensiones, derechos diferenciados, minorías emergentes entre otras, los cuales amplían la dimensión misma del concepto desde su perspectiva teórica y sus implicaciones políticas, culturales y educativas. Es así como la ciudad cobra una importancia sustancial en los procesos reflexivos, creadores y autorrealizadores de la vida social y cultural, pues aquí no se trata de exaltar a la ciudad y de excluir lo que podrá ofrecer el mundo rural como escenario de ciudadanía y proyectos político- culturales, sino de comprender que en este proceso de redefinición de todo tipo de relaciones han de contemplarse los procesos de sublimación creativa en el contexto de la ciudad desde una perspectiva emancipadora (Viviescas, 2003), lo que implica una búsqueda constante de transformación en las representaciones e imaginarios de los sujetos para lograr una reinstitución de lo humano, pues históricamente se han construido las ciudades sin ciudadanía algunas y en este caso, las condiciones requieren procesos de movilización basados en una relación dialéctica entre la confrontación y el encuentro.

---

<sup>13</sup> Amador B. J. La Ciudadanía como núcleo articulador de las ciencias sociales. Universidad Distrital, Bogotá, 2007

<sup>14</sup> José Rubio Carracedo en un artículo denominado La Ciudadanía Compleja (2000), el cual hace parte del libro El Republicanismo establece el concepto de ciudadanía compleja caracterizada por ser tensa, es decir, como aquella que incorpora un doble sentido: de combate y de conflicto, según los griegos y de protesta y de denuncia según los humanistas, lo que supondría comprender la ciudadanía en un marco de contradicciones y tensiones. Al respecto Jairo Gómez (2004) ha señalado que es mediante las tensiones y el conflicto como la ciudadanía deja de considerarse un status ontológico otorgado de manera abstracta por el estado, para convertirse en un instrumento para “ser más con los demás”, en una herramienta política de la democracia.

---

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AMADOR, Juan Carlos. La Ciudadanía como núcleo articulador de las ciencias sociales en la escuela. Bogotá: Universidad Distrital, 2007.

BENJAMIN, Walter "Uder den Begriff der Geschchte" In: W.B, Gesammelte Shriften. Werskausgabe, vol 2. Frankfurt del Main: Suhrkamp.

BETACOURT, Darío. Memoria individual, memoria colectiva y memoria histórica. En la práctica investigativa en ciencias sociales. Bogotá: Universidad Pedagógica Nacional, 2000.

CASTORIADIS, Cornelius. La institución imaginaria de la sociedad. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.

DE COULANGES, Fustel. La Ciudad Antigua. Bogotá: Panamericana, 1996.

GARAY, Luis Jorge. Ciudadanía, lo público, la democracia. Bogotá: Litocenco, 2002.

HOPENHAYN, Martín. ¿Integrarse o Subordinarse? Nuevos cruces entre política y cultura. En : Cultura, Política y Sociedad. Buenos Aires: CLACSO, 2005, p. 18 - 40.

SALDARRIAGA, Alberto. La escuela como ciudad y la ciudad como escuela. En : Ciudad Educadora. Bogotá: IDEP, 1998.

SILVA, Armando. Imaginarios Urbanos. Bogotá: Tercer Mundo, 1992.

\_\_\_\_\_ Bogotá Imaginada, Taurus, Bogotá, 2003.

TONUCCI, Francesco. La Ciudad de los Niños. Un modo nuevo de pensar la ciudad. Buenos Aires: UNICEF, 3ª edición, 1996.

TRILLA, Jaime. la Educación y la ciudad. En : Ciudad educadora. Bogotá: IDEP, 1998.

VIVIESCAS, Fernando y otros. Ciudad y Complejidad. Bogotá: FICA, 2005.